

¿Quiénes son ellos?

ARIEL HIDALGO BRENES

“La mente separa la realidad de la verdad.”

Ellos son determinados en esencias. Son sensibles. Son la memoria viva del olvido. Son la sangre del alma. Lo meramente sentimental es supremo. Viven el duelo intensamente. Lo mínimo fluye por sus venas con entusiasmo ardiente, lo máximo en su ser como el Opus Totum. Su sensibilidad va más allá de ver una hoja caer, de detenerse a oír la lluvia, de cerrar los ojos y ver la primera luz del firmamento, sentir el silencio de la noche, va más allá de desear y de sentir. La sociedad y la política, para ellos, son apariencias, roles, conductas mecánicas. Les cuesta trabajo comprender cómo los demás se acostumbran a esto: a sobrevivir felizmente en medio de la mediocridad. Les abruma ser como ellos, seguir tipos de pensamientos y esas filosofías estructuradas y complejas que con agudeza oportuna se desmoronan en cuestión de unos segundos; ser sólo uno más, el número y la cifra, ser usted o ser yo, ser alguien o ser nadie. Inconformistas de su inconformidad.

Ellos dicen: dos líneas hacen un triángulo. Analizan con el ojo del Punto Crítico y lo determinan con la gracia de un recién nacido.

Ellos me otorgan palabras, me las quitan, las mejoran y las vuelven a reproducir. Soy adepto y les soy magister.

Dan aliento y respiran a nuestro lado. Son del aire y para el aire.

Ellos son. Están siempre tan cerca. Dentro, de manera extraordinaria, en todos los sitios. Te están aconsejando. Te ven con sus enormes ojos. Son minuciosos. Te engullen plácidos y al ocurrir esto también al instante se engullen.

– ¡Ten cuidado! ¡No! No los ignores. Una palabra les es suficiente.

¿Los ves? ¿Los puedes oír? Te están hablando. Escúchalos. ¡Siéntelos fluir!

¡Ahora!

¡Ve! Abre la puerta inmensa.

Dime o calla. –

La noche sobre la sombra de un hombre

ARIEL HIDALGO BRENES

S alía y ya estaba intachable la noche. La noche implacable y oscura. Noche fría, noche solitaria. Diferente ya de aquellas antiguas noches. No estaba entonces, la alegría de los niños. Hay rostros confundidos por el tiempo, cargados de larga soledad y profunda tristeza, el tiempo les ha enmudecido su propia voz.

Pero a ellos poco les importa. No les importan estas palabras, lo sé. No les importa haberse ocultado; sí, haberse ocultado para siempre tras el acecho de su propio criminal.

Pero la noche avanza, abre sus grandes dientes, embriaga de mórbidas ilusiones, separa la felicidad de la alegría, confunde antes de atravesar el umbral, dura solamente un instante que lo anula todo (se sabe) aunque sólo dure un instante y vuelva la infatigable penumbra.

Esa noche cayendo sobre tímidos ojos, sobre corazones nobles y turbios que buscan abrigo en lugares húmedos, que buscan luz en las más recatadas tinieblas. Y nada importa, todo acaba. ¡Ah, lo sé, pero dudo en comprenderlo!

Está ahí esa noche, cerca y temible. Fría noche. ¿Hacia dónde huir? ¿Al final de la última palabra? ¿Al aliento de la última voz? ¿Al último tacto de la piel? ¿Dónde? ¿Acaso lo sé? ¿Acaso todos ellos lo saben? ¿Es lo inexorable ante la brevedad de un momento?

Noche donde los ojos bien abiertos, donde el pecho bien abierto, donde se dibuja la sombra de un hombre que mantiene sus sueños despiertos.

El universo en su constante lucha, con su hambre insaciable.

¡Ah, desde luego, lo puedo sentir! El sino de una razón: Esperar.

Espero. La armonía cubre todo. Es claro y es cierto.

La noche acaba.

¡Por fin la dicha! Me detengo. Escucho el suspirar de mi sombra. Ahora espero.